



Conferencias Fundación Familia Unida

Resumen de Julio 2007
ESOS ROCES DE CADA DÍA
P. Luis Miguel Herrera, L.C.

A menudo nos preguntamos cómo evitar roces en el matrimonio, porque es un hecho que en la convivencia son inevitables, siempre se manifiestan o aparecen. Corresponde entonces aproximarse al tema haciendo algunas afirmaciones iniciales.

- No podemos mirar nuestro matrimonio como una cápsula:

Es decir, por fuera se muestran como algo fuerte, inquebrantable, tienen una cobertura que protege su contenido, que los cuida del contacto con un ambiente adverso.

Pero... toda cápsula tiene un punto débil por el que se rompe, se resquebraja. Cuando ponemos toda la atención en el punto más quebradizo de la cápsula, ésta se romperá irremediablemente.

A menudo los matrimonios piden ayuda y consejo cuando es demasiado tarde para actuar, cuando marido y mujer se han dicho y hecho cosas que deterioran la convivencia hasta el punto de hacerla insoportable.

- Es necesario conocerse, aceptarse y superarse:

Parece obvio que quienes quieren formar una pareja con propósitos estables deben conocerse y aceptarse, pero en el momento de vencer los defectos personales que complica la convivencia.

Es curioso, pero somos más tolerantes con los defectos de las personas más lejanas, nuestra disposición para aguantar lo que nos molesta del marido o la señora es muy baja.

La falta de aceptación es la bacteria asesina del matrimonio. Y este fenómeno puede darse tanto por mostrar a todo el mundo que nuestro matrimonio anda muy bien, como porque renunciamos a superar los defectos aduciendo que los rasgos de su personalidad son imposibles de enmendar.

¿Podemos cruzarnos de brazos ante las debilidades propias si éstas se transforman en un obstáculo para nuestra vida matrimonial? No parece sensato.

Esta exposición se fundará en las siguientes bases:

En la convivencia diaria siempre tendremos roces, en todos los tiempos y en todos los planos de la vida. El que sea habitual no implica que los aceptaremos como nada, ni debemos acostumbrarnos. Hay que lidiar con los roces para vencerlos.

Tampoco olvidemos que el matrimonio ideal no existe. Siempre hay aspectos o imperfecciones posibles de corregir o superar.

Dios no nos abandonará nunca, pero debemos preocuparnos de que nosotros, nuestro matrimonio, tampoco abandonemos a Dios.

Este abandono ocurre mucho hoy. Dejamos a Dios en segundo plano, y el matrimonio pasa a ser un simple símbolo. Un matrimonio sin Dios se deprecia a sí mismo y a quienes lo componen. Busquemos la necesidad de tener a Dios en nuestro matrimonio. Tú y tu mujer pueden afrontar



todo lo que se les ponga por delante en compañía de Dios. Solos es casi imposible.

No olviden que se casaron para toda la vida. En mis años de sacerdocio nunca he conocido a nadie que se haya casado considerando la posibilidad de separarse o de casarse sólo por un tiempo.

No nos interesa abordar la indisolubilidad matrimonial como una cuestión dogmática sino simplemente establecer, como un hecho, que el hombre y la mujer se casan para vivir juntos.

El Cardenal Newman dijo: "*diez mil dificultades no hacen una duda*". Dicho de otro modo, los diez mil problemas que puedas tener no conducen necesariamente a un fracaso en tu matrimonio.

Es cierto que a ratos el matrimonio es duro y ocasionalmente parece intolerable. Pero quienes superan las dificultades de la vida matrimonial ya saben que pueden afrontar todas las contingencias futuras. Es como subir una montaña, por momentos se ve como una tarea difícil, casi imposible de acometer. No obstante, cuando ya llegamos a la cumbre, vemos que nuestro esfuerzo valió la pena.

Los roces y nuestra historia:

Dividiremos esta exposición en seis partes:

1- El inicio de nuestro amor

En una relación de pareja tenemos fe en el otro por la confianza que éste nos da, más que por pruebas o evidencias. Creer en el otro no requiere demostraciones ni raciocinios muy desarrollados.

Nuestro amor por el otro nos hace creer en él. Mientras más quiero, más creo.

En el pololeo la atracción comienza por lo físico, por el cascarón, cosa que no es mala, pero reconozcamos que con el tiempo los atributos físicos pueden decaer o simplemente cambiar.

Cuando el pololeo tiene miras de transformarse en algo más permanente, como el matrimonio, la aceptación del otro

es incondicional, a sabiendas de futuros cambios y transformaciones en todos los aspectos, aunque en el camino de la vida en común se nos aparezca alguien deslumbrante, muy atractivo.

Con todo, parece que la pregunta más válida para hacerse en el noviazgo es la siguiente: con el paso del tiempo y dadas las dificultades enfrentadas y acometidas en común, ¿Es el otro un ser realmente para mí? ¿A pesar de la desaparición de sus atributos físicos? Si la respuesta a esa interrogante está llena de dudas, es obvio que debemos preocuparnos.

2- El sentido del pololeo y del noviazgo

El pololeo es una etapa en la vida que, bien concebida, está llena de sentido.

Aunque la elección del otro es voluntaria, la fuerza vinculante del compromiso es muy débil, en esencia precaria. Hay la sensación es que estamos frente a un vínculo fuerte, pero de verdad basta que la voluntad de uno de los concurrentes cambie, para que el pololeo llegue a su fin.

Con todo, se trata de una instancia inicial de atracción llamada a transformarse en un sentimiento más profundo. Por su cotidianeidad, parece ser un compromiso un poco más firme.

Un pololeo sin orientación al compromiso total y definitivo es vulnerable.

Aún cuando el pololeo no debe ser tomado como un equivalente del matrimonio, sin noción de pololeo a futuro, sin compromisos, no es explicable que dos personas permanezcan unidas en una relación de esta clase.

3. Nos casamos, ¿Y?

El matrimonio lleva implícita la asunción de compromisos por el resto de la vida. Esto no puede llevarnos a prescindir de ciertos hechos que, tarde o temprano, pueden manifestarse.

Los sentimientos pueden cambiar.

Algunos creen que este hecho es razón suficiente para terminar un matrimonio. De hecho, hay frases repetitivas que



escuchamos en ese sentido y que a veces aceptamos como verdades: "*Se nos acabó el amor*", "*Ya nada es igual*", etc. como si el amor matrimonial pudiera ser circunscrito a una sensación placentera y transitoria. Es obvio y parece no requerir demasiada explicación que las demostraciones de cariño de los primeros tiempos del matrimonio no pueden extenderse hasta la perpetuidad.

También es un hecho que la rutina llega, de manera imperceptible, pero podría convertirse en la pauta de su vida matrimonial. La rutina oxida el matrimonio y puede transformarlo éste en una condena al aburrimiento. Deben rebelarnos ante la aparición de la rutina y enfrentarla con imaginación.

Con el paso del tiempo la comunicación entre marido y mujer se deteriora. No olviden que la conversación no es un mero intercambio de palabras, sino de experiencias y sensaciones. Quizá decir "te quiero" al otro puede parecernos del pasado, casi una cursilería, propia del pololeo, pero en un matrimonio con proyección futura se trata de una expresión que no está de más.

4. Se caldea el ambiente

A veces volver a casa es inconfortable. Algunos prolongan la jornada de trabajo principalmente por no volver a su casa. El entorno familiar es hostil o frío o indiferente. La casa dejó de ser un lugar grato para estar. Algunos permanecen en su casa sólo porque es obligatorio o porque están habituados.

Aceptar las falta de respeto o el daño a la convivencia pasa a ser una cuestión normal. Nos habituamos a la anormalidad y la vida en común se deteriora de manera progresiva. Y si reaccionamos, lo hacemos de manera torpe y precipitada.

Perdemos la percepción y la justa medida de las cosas, elevando a la categoría de conflicto irresoluble hasta las cuestiones más insignificantes. En ocasiones la vida

cotidiana es una permanente tarea de imponerse al otro. En este contexto ninguna convivencia es sana.

¿Cómo protegernos matrimonio?, ¿Cómo proteger nuestro matrimonio?

5. Las palabras fuertes

Cada vez usamos palabras sin cuidarnos, éstas pueden herir porque una palabra mal escogida puede transformar una cuestión menor en algo gravísimo para la convivencia.

El uso habitual de las palabras ofensivas o hirientes como mecanismo de interacción en el matrimonio va mermando de a poco la capacidad de convivir razonablemente.

Muchas veces el empleo de palabras fuertes viene seguido de un silencio que, lejos de significar paz, es una verdadera "guerra fría".

En ocasiones esta forma de confrontación silenciosa es más dañina que tirarse los platos por la cabeza.

6. Soluciones propuestas

¿Qué deben hacer marido y mujer para proteger su matrimonio?. Sin pretender hacer un compendio de soluciones fáciles, podemos enumerar algunas afirmaciones que nos permitan afrontar esta cuestión de manera sensata.

Miren a Dios:

El principio y fin de su amor y de su matrimonio es que ambos, con sus hijos, lleguen al Cielo. Cuando Dios es el principio del matrimonio, todo tiene solución.

Si ponen su seguridad y confianza en las cosas materiales, la solución de sus tribulaciones no será fácil.

Alimenten el fuego de su amor:

El matrimonio no garantiza el amor para toda la vida. Eso es tan obvio como constatar el propio cambio en lo físico, lo emocional y en lo social. No pretendan que su amor matrimonial sea siempre un amor adolescente, unido sólo a sensaciones y emociones.



Aspiren a que su vínculo matrimonial sea estable, permanente, con miras futuras. Quieran al otro por lo que es, no por lo que aparenta. Fortalezcan la comunicación como una manera de afianzar su vínculo matrimonial.

Algunos consejos útiles y válidos:

- Den y dediquen tiempo al otro.
- Salgan con frecuencia solos, aunque sea a la esquina.
- Óiganse y escúchense.
- Trátense como novios, con cariño.
- Hagan memoria de los buenos momentos que han pasado juntos.
- Vean al otro de cara al futuro.
- Busquemos el elogio que le llegue al otro, "no hay nadie como tú".
- Recuerden las fechas especiales.
- Ayuden al otro, también pidan ayuda.
- Alaben al otro, destaquen sus aspectos positivos.
- Sorpréndanse otro con detalles.
- Usen sin miedo ni vergüenza frases clichés ("venía pensando en ti")
- Un beso al despedirse y otro al llegar siempre.
- Hagan notar que preferimos estar con el (ella) que con mis amigos.